



ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER (1).

RUTH.

No hallaremos en la historia de esta mujer célebre esa lucha de pasiones encontradas, de ambiciones, de intereses; no conmoverán nuestro ánimo esos grandes y ruidosos acontecimientos que promueven guerras, que perturban los Estados y que dejan en pos de sí un recuerdo de dolor y de lágrimas en los anales de la humanidad; pero si veremos en Ruth la verdadera mision de la mujer, la bondad, la dulzura, la paz, y la verdadera felicidad doméstica, esa dicha que se trasmite á todo cuanto la rodea; porque en efecto, es en la familia donde se encuentran los mantiales de la ventura de la sociedad; en la familia, que no se sosten-dria sin el mútuo afecto de sus miem-

bro. Por eso nos ha hecho Dios querido y sagrado el hogar doméstico, y ha derramado en nuestros corazones, y mezclado en nuestra sangre la piedad filial y la ternura fraternal.

«La dulce imágen de un padre, las caricias y los besos de una madre, los largos dias de la infancia, deslizándose bajo las amigas é incomparables miradas de un hermano y de una hermana, todos estos recuerdos que acompañan al hombre hasta la tumba, alimentan su espíritu, dominan sus pasiones, le regocijan en medio de las vicisitudes, y le quedan en el infortunio como un consuelo supremo. Sentimientos tranquilos, virtudes despojadas de ese fulgor, que se reconcentra con un carácter mas poético en los pueblos jóvenes; pero que deben reconcentrarse igualmente en los pueblos adultos, so pena de dejar la vida humana sin encanto, la familia sin lazos, la nacion sin fuerza.»

Magníficas líneas que espone un historiador sagrado demostrando sublimes máximas, y que sirven de

(1) Véanse los números desde el 8 de setiembre último.

adecuada introduccion á la historia de Ruth, la mujer virtuosa, que tuvo la gloria de contar entre sus descendientes á David y á Jesus.

Gobernaban aun los jueces al pueblo israelita cuando sobrevino al pais de Bethlehem una grande carestía, que obligó á Elimelech á abandonar su patria, yéndose á tierra de Moáb con Noemi, su mujer, y dos hijos; pero muere y sus dos hijos, y Noemi vuelve á Bethlehem con Ruth, su nuera, que no la quiso abandonar, á pesar de esponerla Noemi su miseria. —Vete, vete con tu hermana Orfa, le dice, á la casa de tus padres y no padecerás las privaciones que conmigo. Pero Ruth la contesta:

—No me invites á que me marche y te abandone; porque á cualquier parte que vayas iré contigo; donde vivas, viviré: tu pueblo será mi pueblo: tu Dios será mi Dios. En la tierra en que tú mueras quiero morir y tener en ella mi sepultura.

Veia á Noemi pobre, desvalida, anciana, y quiere ser su amparo, aunque era tambien pobre; pero era jóven.

¡Alma noble y delicada, llena de piadosos sentimientos! Ama á Noemi, la compadece, y no teme arrastrar con ella la pobreza.

A tal punto llegó esta, que Ruth para no carecer del alimento necesario se vé obligada á espigar en el campo de Booz, que se compadece de su infortunio, la recibe con agra-

do, y la proporciona granos y agua, que allí era de mucha estima.

Despues de pasar todo el dia en el campo, corre Ruth á la noche, alborozado el corazon de contento, por llevar á su suegra un poco de cebada y los restos de su frugal comida. Entonces sabe que Booz es su pariente, y Noemi la aconseja que se ponga á sus piés para que la tome por esposa.

Booz al saber los antecedentes de Ruth, al conocer sus virtudes, y al ver su noble proceder para con su suegra, la ofrece ser su esposo, si algun otro pariente mas inmediato no la reclamaba. Le cita ante los ancianos de la ciudad, y renunciando el derecho de parentesco, queda Booz en libertad de tomar á Ruth por esposa y entrar en la herencia de su anterior marido Elimelech.

Se casa, y tienen un hijo llamado Obed, que fué padre de Isai y abuelo de David; siendo esta la genealogia de Jesucristo.

Rodean á Noemi las mujeres y la dicen:

—Bendito sea el Señor, que no ha permitido que tu familia quedase sin heredero, y ha querido que tu nombre se conserve en Israel. Ahora tendrás uno que consuele tu alma y sostenga tu vejez; porque ha nacido un hijo de tu nuera que te ama, y vale ella para tí mas que siete hijos.

Nada podia decirse que enalteciese mas á Ruth, si atendemos tambien á que entonces, como ahora, no eran

las suegras y las nueras las personas que comunmente solian amarse mas en las familias.

La Historia Sagrada dedica un libro especial á Ruth, cuya imágen ha reproducido el pínzel y el buril en mil formas. Florian describe en su poema la historia de Ruth con delicadísimos rasgos. Otros muchos poetas la han cantado. Nosotros la presentamos á la juventud como un envidiable ejemplo, como un modelo digno de imitarse; porque en su vida se encuentra todo lo mas generoso y mas tierno que puede abrigar un alma virtuosa, todas las dotes que constituyen la felicidad doméstica, fuente de ventura para el encanto de la sociedad humana.

A. PIRALA.

LITERATURA.

DICIEMBRE.

El mes de Diciembre, décimo del Calendario de Rómulo, estaba consagrado en la antigüedad á la diosa Vesta, y en él celebraban los romanos la fiesta de las *Saturnales*, que eran un verdadero Carnaval, y duraban ocho dias. El último período de las Saturnales le denominaban *Sigillaria*, nombre que se daba á unas figuritas en relieve que regalaban los padres á sus hijos, y los amos á los criados, costumbre sobre que algunos pretenden cimentar el origen de los *aguinaldos*; sin embargo que puede atribuirse con mas razon al culto druidico, que los antiguos Galos, Germanos, Bretones y Escandinabos observaron, el cual ordenaba la recoleccion del

muérdago de la encina en los primeros dias de enero: era una de las fiestas mas solemnes en que los sacerdotes druidas llevaban en pos de sí á pueblos enteros, que se dirigian á los bosques para recibir como una preciosa reliquia de mano de aquellos un pedazo de muérdago; no descenderé á esplicar la etimología de la palabra, porque fuera demasiado difuso para las cortas columnas de nuestro periódico.

El mes de Diciembre en que rige el signo de *Capricornio*, es el de los dias mas cortos del año; en Diciembre la tierra se ha revestido de un vasto manto de armiño, la naturaleza parece haber reconcentrado su vida, y la vegetacion se presenta aletargada bajo la influencia de las nieblas, los hielos, las escarchas, las lluvias y las nieves; nada mas crudo que una aurora de Diciembre, y nada mas raro que dias de un sol esplendente en este mes: acabáronse los paseos y los goces del jardin, ya no hay aves cantoras, todas huyeron, y solo se deja oir el lúgubre graznido del cuervo que surca los aires, y marchando en apiñada falange se arroja voraz sobre la tierra, destacándose á larga distancia como un manto negro y reluciente.

Higiénicamente considerado Diciembre, es el mes de las dolencias, en él renacen todas, y las mas leves toman un aspecto grave; conviene, pues, evitar los repentinis cambios de temperatura al salir de las habitaciones, usar calzado impermeable á la humedad, y ser metódico en los alimentos y bebidas.

Diciembre solo tiene un hermoso dia y una hermosa noche, la de Navidad; noche que todas las naciones del orbe cristiano solemnizan de un modo sublime, y en la que ni el hielo ni la nieve bastan á contener el fervor católico con que todas las clases de la sociedad corren al templo del Señor atraidas por el tañido de las campanas para presenciar la celebracion nocturna del Nacimiento del Mesías, la Misa de media noche; conocida vulgarmente por la *Misa del Gallo*. Ter-

minado el Sacrificio, aquella misma multitud poco antes silenciosa y devotamente recogida, se esparce por las calles del pueblo ó la ciudad, y entona con bulliciosa algazara al són de panderetas, tambores, zambombas y rabeles cantos alegóricos á la solemnidad del culto.

Diciembre es lo mismo que decir, hambre y frio, porque para cada hombre acomodado hay cien indigentes; esta reflexion, que generalmente no se ocurre al que desconoce las privaciones, creo que debia ocupar principalmente la atencion de la clase acomodada; pero ya que así no sea en lo general, vosotras, queridas lectoras, á quienes siempre recurro al terminar mi Revista mensual para solicitar de vuestra bondad una mirada hácia el pobre; en este mes, mas que en otros, en que la miseria no tiene amparo ni recursos, os recomiendo que contempleis detenidamente las escenas que ofrece el cuadro de la vida del labrador y el artesano, quienes obligados por la necesidad ó el hambre trabajan desde muy temprano para ofreceros comodidades, y ganar para sí y sus hijos un bocado de pan: miradlos pasar al amanecer por bajo de vuestra ventana con amoratado rostro, yertos de frio, mal vestidos y quizá en ayunas; levantáos, y al través de los arabescos que el yelo forma por la noche en los cristales de vuestras templadas habitaciones, miradlos como corren al trabajo, mientras que vosotras descansais, ¿no os conmueve su aspecto? ¿no llorais al ver al niño que pide pan á su padre, y al padre que gime por no podersele dar? ¡Ah, sí! os contemplo bellas y buenas, y no podeis dejar de ser caritativas, sí; veo desprenderos de la cantidad reservada á un traje de chiné, ó á un mantén, que no os son necesarios, y distribuirla entre aquellos pobres ateridos; os veo correr á suministrar recursos al indigente, y hasta creo que vuestra limosna ha facilitado un regalo para la *Noche buena* al que hubiera carecido de pan en ella sin vuestra memoria.

E. DE TAMARIT.

La noche.

Ya de sombras cubierta
La pavorosa noche,
Envuelve al universo
En su manto de tul.

Las pálidas estrellas
Asoman su alba frente,
Tachonando de plata
El firmamento azul.

Los pájaros se ocultan
En sus nidos de musgo;
Las abejas no liban
De las flores la miel.

Todo es calma, silencio,
Soledad y tristeza,
¡Recuerdo de la tumba!
¡Olvido del ayer!

El insolente buho
El éter cruza vago,
Desafiando altivo
Lobreguez y pavor.
Su graznido agorero
Los misterios aumenta
Con que la negra noche
Su túnica bordó.

Oh! noche, noche amada,
Tu soledad adoro;
Adoro de tu cielo
La vacilante luz;
Adoro, noche oscura,
Tu lóbrego silencio,
Tu luna, tus estrellas,
Tus sombras.... tu quietud!

ANGELA MOREJON DE MASSA.

7 noviembre de 1852.

Una noche antes de la boda.

Novela.—Traduccion libre.

(Continuacion.)

Ya hemos dicho que D. Mariano se hallaba dispuesto á sentir mas disgusto que

agradecimiento por el supuesto desafío del escribiente: cuanto mas habia estudiado el carácter de este jóven, tanto mas habia temido las consecuencias de una pasion real ó finjida: el modo algo novelesco con que todos estos incidentes se habian ido combinando, acabó de alarmar los temores del padre en el momento que Enrique iba á llegar á su casa para efectuar el proyectado enlace con Elisa. D. Mariano tomó, pues, la determinacion de hablar reservadamente á Fernando.

—Señor mio, le dijo: vuestra juventud, agradable presencia, y sobre todo la rara casualidad que os ha franqueado las puertas de mi casa, son circunstancias las mas á propósito para inspirar inquietudes á un esposo. Os hago esta prevencion para decir os que voy á dar estado á mi hija, comprometida desde hace tiempo con el hijo de uno de mis más íntimos amigos. El jóven está para llegar á la hora menos pensada, y tengo el mayor interés en que ni la mas leve sombra de disgusto turbe la felicidad que yo con todo afan le he preparado. Con este objeto pienso pasar un mes en el retraimiento de mi familia, sin recibir visitas de ningun género. Dicho esto no debeis extrañar que durante este tiempo me prive del honor de recibiros.

Escuchó Fernando esta órden sin replicar una palabra, y se sometió á su cumplimiento, aunque en realidad le pareció bastante duro. No es necesario decir que por su parte nada ignoraba acerca del compromiso de la hija de D. Mariano, ni del interés que ambas familias tenian en llevar á cabo el proyectado enlace.

Efectivamente, D. Mariano hubiera condenado á su hija al celibato antes que consentir que se casara con otro que con Enrique, á quien hacia ya mucho tiempo estaba acostumbrado á considerar como hijo. Enrique á la vez estaba cuidadosamente vigilado por su padre, á fin de impedir que contrajese el menor compromiso, la mas insignificante relacion que pudiera oponer obstáculos ó disgustos al cumplimiento de la deseada bo-

da. Finalmente, no ignoraba Fernando que el afortunado novio amaba apasionadamente á su futura, y que en vista de esto sus esperanzas personales no podian prometerse ninguna favorable coincidencia sino por parte de la incauta jóven, que estaba, como ya se ha dicho, en la persuasion de que el gallardo escribiente habia espuesto por ella su existencia, y que no obstante su pobreza, habia tenido ardimiento para sacrificar en obsequio de la pasion sin esperanza que ella le inspiraba, un porvenir colmado de comodidades. Estas dos circunstancias eran esclusivamente lo que alentaba la esperanza del ambicioso mancebo, y con ellas presumia contraestimar la influencia de D. Enrique en favor de quien no hablaba ningun relevante servicio de los que tan gratos eran á la jóven. Ciertamente era que ésta no habia manifestado repugnancia al compromiso que su padre le habia hecho contraer con D. Enrique, acaso andando el tiempo llegó á poner en él su cariño; pero á pesar de esto, habia que tener presente que el compromiso no habia llegado á tener el carácter de irrevocable, y que cuando la jóven lo contrajo no conocia á Fernando, ni habia tenido ocasion de admirar sus bellas cualidades, ni estaba por lo tanto obligada con servicios que solo una monstruosa ingratitude podria dejar sin recompensa.

Así discurría el dependiente del escribano, y en este estado se hallaban los asuntos cuando D. Enrique se presentó en casa de su futura, y acaeció el incidente que ha dado principio á nuestra relacion.

La reunion de aquella noche se terminó tranquilamente: la señorita no volvió á presentarse en el salon, y D. Enrique prestando cansancio, obtuvo permiso para retirarse temprano á la habitacion que le habian preparado en la casa. Al verse solo no pudo menos de fijar su reflexion en el enlace que estaba próximo á contraer, y en el amor, que la presencia de su hermosa futura habia enérgicamente redoblado. Con alguna mas instruccion que la que prometia á primera vis-

ta, estaba el joven contemplando en sus manos el anillo de su prometida, sin dejar por eso de pensar en la descuidada confianza del buen D. Mariano, y en los misteriosos incidentes que alguna vez ocurren en el seno de las familias, sin que los padres ó esposos tengan el menor conocimiento de ellos. El sueño cuyas dulzuras habia D. Enrique venido á buscar se alejaba cada vez mas de sus párpados. Las mas estrañas resoluciones se andaban cruzando por su cabeza, y de exaltacion en exaltacion habia llegado á formar el temerario designio de aprovecharse del sueño del amo de la casa para solicitar una explicacion de parte de la hija. En tanto que á sí mismo se estaba animando para llevar á cabo este proyecto del modo mas decoroso, oyó que llamaban á la puerta del aposento.

Es ella, dijo entre sí el enardecido joven, y corrió á abrir la puerta. Ella era en efecto, que aunque pálida y algo conmovida, se presentaba á su vista llena de magestuoso decoro, y dominando completamente su agitacion.

—Por intempestiva que semejante visita os parezca, caballero, dijo dejando sobre una mesa la bujía que traia en la mano, estoy casi persuadida que no os causa sorpresa el verme.

—Ciertamente, señorita, respondió Enrique sin vacilar, ¿ignorais acaso el motivo que me hace considerar como natural vuestra visita?

—El motivo es muy sencillo, replicó Elisa con ligera emocion, vos teneis el anillo de mi madre.

—El joven no pudo menos de suspirar, exclamando, es verdad, señorita.

—Mi padre, prosiguió ésta, ha tenido una humorada, que de ningun modo debemos considerar como un empeño formal. Sin embargo, él me ha despojado del anillo que mi madre al morir puso en mi mano, y aunque este anillo no tenga la virtud que mi padre tuvo la ocurrencia de suponerle, es decir, de hacerme amable á la persona que lo lleve,

creo que no le falta el poder suficiente para protegerme con la memoria de quien me lo dió. Creo, pues, que no tendreis ningun reparo en volvérmelo.

—Vuestra voluntad es mi ley suprema, señorita.

Diciendo estas palabras D. Enrique presentó respetuosamente el anillo á su prometida.

Elisa lo cogió con alguna precipitacion, lo colocó en el dedo y estendió gravemente la mano para volver á coger la bujía que habia dejado en la mesa. Entonces ocurrió entre estos amables jóvenes un momento de irresolucion: ella no queria al parecer alejarse sin aliviar su corazon del peso de un secreto que le oprimia; Enrique por su parte se dolia de verla marchar sin haber provocado la explicacion, por la que estaba decidido á acometer una imprudencia cuando la joven se presentó en su estancia. La hija de D. Mariano fué la primera que rompió el silencio.

—No, caballero, dijo como haciendo un violento esfuerzo sobre sí misma, nosotros no debemos separarnos de este modo.

—Pues qué será esta la última vez que nos veamos? preguntó el joven con la mas profunda tristeza.

—Inútil me parece, caballero, daros cuenta del por qué he creido deber ocultar á mi padre mis determinaciones y pensamientos secretos... y os supongo con bastante galanteria para no sospechar en último resultado una traicion por parte vuestra.

—Soy incapaz de semejante accion, señorita.

—Y sin embargo, prosiguió ella con resolucion, yo voy á faltaros al cumplimiento de lo que en algun tiempo os prometí.

(Continuará.)



A un suspiro.

— Cuando quiero elevar gozoso canto,
para mostrar en él loca alegría;
cuando quiero que deje el harpa mía
el triste acento que me cansa tanto;

Te empeñas en salir para afrentarme,
suspiro, cual si ahogarte no pudiera,
como si otras mil veces no supiera
aguantar el tormento que has de darme.

No saldrás, no; porque tan solamente
eres alivio del que triste gime,
y ningún padecer á mi alma oprime
cuando quiero cantar alegremente.

Pero seguir no puedo.... un peso extraño
tengo en el corazón.... faltame aliento....
latir agitadoísimo le siento....
eres, suspiro, tú, que me haces daño.

No basta á detenerte mi despecho,
aunque tu eco tristísimo me ofende;
vencistes, ¡ay de mí!.... los aires hiende,
no me atormentes mas.... sal de mi pecho.

PILAR GALAUP.

TRATADO DEL ARTE DE BORDAR. (1)

(Continuación.)

II.

El *picado* ó *estarcido* será siempre el proceder preferido de los dibujantes, y verdaderamente cuando hay que reproducir muchas veces el mismo dibujo, como por ejemplo, para la guarnición de una falda, es sin duda alguna el mas breve y espedito. Sin embargo, no será fuera del caso hacer referencia de un papel llamado de *decalcar* nuevamente inventado, que reemplaza con ventaja, en algunas ocasiones, al *picado*. Este papel, del mismo modo que los polvos de que hemos hablado antes, se hace de diferentes colores: azul, para dibujar sobre blanco; encarnado ó amarillo, para telas oscuras. Para usarle se estiendo la tela encima de uno ó dos pliegos de papel blanco, como si se fuese á escribir: sobre la tela se coloca el papel de

decalcar, y sobre éste se pone el dibujo, sujetándolo todo con alfileres. Hechos estos preparativos, se van delineando con un punzon de marfil, ó un lápiz de bastante dureza, todos los trazos del dibujo, repasándolo dos ó tres veces, con la fuerza necesaria para que queden bien marcados sobre la tela.

Si el papel de *decalcar* es bueno debe señalar por ambos lados, y en este caso, para dibujar un pañuelo, por ejemplo, se puede, despues de haber colocado este papel sobre una esquina del pañuelo, doblar otra encima, poniendo sobre ésta el dibujo, y de esta manera se dibujan las dos esquinas á la vez. Del mismo modo puede procederse para otros objetos semejantes, como tiras, guarniciones, etc., cuyo dibujo no tenga izquierda ni derecha: lo propio puede hacerse con cuellos ú otros objetos, cuyo medio sea tal, que doblado resulten sus dos lados enteramente iguales. Si no lo fuesen, se hace primero el centro solo, doblando despues la tela para hacer los lados iguales.

Se entiende, sin necesidad de advertirlo, que hay que poner mucho cuidado para que no aparezcan irregularidades al doblar ó trasportar el dibujo de la manera que acabamos de explicar.

III.

Cuando se borda sobre el dibujo es menester forrarlo de otro papel que no sea demasiado fuerte. Si el dibujo se ha trasportado á la tela, se forrará tambien el papel amarillo, ó la percalina lustrosa que se pone debajo de ella, sujetando ambas cosas con algunos hilvanos. Debe comenarse hilvanando todo alrededor del dibujo esteriormente, y esto bastará, si no es demasiado ancho: si lo fuese, será preciso dar por su centro algunos puntos, teniendo cuidado de que no caigan encima del dibujo.

La tela ha de quedar bien tirante por igual, de manera que sus hilos resulten enteramente rectos, tanto á lo largo como á lo ancho, procurando tambien que no quede mas corta que el papel que se pone debajo.—T. P.

(1) Este Tratado es propiedad del Editor.

MODAS.

Con los últimos días de Noviembre la estación se ha declarado en pleno invierno, y la buena sociedad de la capital ha principiado á abrir sus salones, en los que se ostentan radiantes de juventud y hermosura las mas graciosas y delicadas flores del vergel madrileño.

Al retirarnos hace pocas noches de una de estas deliciosas reuniones, que tan gratos recuerdos dejan en el ánimo, no pudimos menos de felicitarnos al ver completamente justificadas las indicaciones de las Revistas de Modas de nuestros números anteriores.

Prendidos bajos y con caídas por la espalda: vestidos con cuerpo entallado y en punta, á despecho de los ensayos hechos de cintura redonda: volantes en las telas ligeras y claras; falda lisa en los tejidos fuertes y ricos; profusion de encajes, blondas y cintas, sembradas las mas de oro y plata, en los adornos de toda especie: tal es en conjunto la fisonomía que presenta la Moda en las primeras recepciones de la temporada.

Las telas de seda, desde el modesto tafetan hasta el mas rico brocado, deslumbran con el brillo del oro y la plata, mezclado en sus tejidos: el muaré en magníficos arabescos; el tul y la gasa en ligeras lamas ó vistosos cordoncillos.

Los trajes blancos de toda clase de telas, principalmente de tul, que es la predilecta para baile, obtienen la mayoría, y la violeta es la flor preferida, bien en ramillete, bien en flores imitadas.

Como á la mayor parte de nuestras lectoras no les son indiferentes las Modas de los hombres, por sus relaciones de familia, hemos creído tambien que leerán con gusto las variaciones que ha sufrido el traje de estos señores, que aunque aparentan no dar grande importancia á estas materias, sin embargo, la parte *fashionable* de su sexo no es

menos esclava que nosotras de los caprichos de la Moda.

El traje masculino tiene en el día una tendencia marcada á ser mas esmerado que hasta aquí, especialmente para lo que se llama vestir, así es que la bota va siendo completamente escluida hasta del traje de la mañana, y reemplazada por un zapato alto.

Para traje de noche el frac debe ser negro, forrado de raso del mismo color, y muy abierto de pecho; el cuello bajo y estrecho; la manga ancha, y con un solo boton grande en la vuelta. El chaleco, de piqué blanco, de hechura de chal, tambien muy abierto, siguiendo la forma del frac, y sujeto solo con dos botones en la parte inferior, de manera que la parte hueca de la camisa quede muy visible. Nuestras lectoras saben que la forma de la camisa ha variado tambien, y que se lleva con pliegues menudos en la parte alta del pecho, y un poco ahuecada en lo restante, es decir, como hácia la mitad del chaleco. Los camiseros protestan contra esta hechura, que hace inútiles las pecheras, los bordados y respuntes; ¿pero qué se ha de hacer? Es preciso obedecer á la Moda, soberana absoluta, que nos impone sus leyes, y á las que hay que sujetarse mas tarde ó mas temprano, porque la pena del rebelde es el ridículo, y este nadie le quiere arrostrar. La manga de la camisa un poco ancha y con puño, como el que usan las señoras en las de muselina, debe sobresalir un poco de la del frac.

El pantalon de casimir negro, bastante ajustado, y sin trabilla, que ya no se lleva sino para montar á caballo, ha de dejar ver un pié calzado de una media fina de seda y zapato charolado.

La corbata de muselina, estrecha y con un lazo hecho artísticamente, sujeta el cuello de la camisa, que ha de quedar recto, sin ser demasiado alto.